



## El adiós a Estela Saint André

Federico Cabrera

Al comienzo de *El libro de los abrazos* Eduardo Galeano incluye la historia de un hombre de la tribu Neguá que, luego de llegar a la cima del cielo, afirmó que el mundo no es más que un “mar de fueguitos”. Dentro de este relato se afirma que cada persona es un fuego que brilla con luz propia. Hay fuegos de todos los tamaños y colores. Algunos se destacan por su serenidad, otros lo hacen por su locura. Entre estos fuegos hay unos muy especiales que “[...] arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende” (Galeano, E. 2013, 1). Eso es Estela Saint André, “la Estela”, esa maestra y amiga que iluminó el camino todas aquellas personas que tuvimos la suerte de coincidir con ella en las aulas y en distintas situaciones de la vida.

Siempre leyendo, siempre rodeada de amigos y jóvenes discípulos que la escuchábamos con admiración, la Estela desplegó una trayectoria académica profundamente comprometida con la democratización del conocimiento y con la lucha por los derechos de los sectores más vulnerables de la sociedad. Como Profesora, Licenciada y Doctora en Letras ejerció la docencia de grado y posgrado en distintas universidades del país y del extranjero; conformó distintos equipos de investigación en la Universidad Nacional de Cuyo, la Universidad Nacional de San Juan y la Universidad Nacional de la Patagonia, entre otras instituciones. En el marco de la Universidad Pública, Laica y Gratuita; propició el desarrollo de diversos proyectos de investigación que asediaron la pregunta acerca de la conformación semiótica del poder en la sociedad, que expandieron los modos de leer la literatura latinoamericana en relación con los discursos sociales y que, además, contribuyeron a la discusión en torno a los vínculos entre prácticas literarias y estudios de género. Así, por ejemplo, se puede destacar entre sus múltiples trabajos la publicación de su tesis doctoral *El lenguaje que somos. Carlos Fuentes y el pensamiento de los hispanoamericanos* (2003) o la coordinación junto con Adela Rolón de volúmenes colectivos tales como *Cuando escriben las mujeres* (1998), *Leer la novela hispanoamericana del Siglo XX* (2002) y *Contar el cuento latinoamericano contemporáneo* (2006).

Más allá de la enumeración de méritos académicos, en esta despedida propongo recuperar algunos de los conceptos/ principios que guiaron el recorrido académico de la Estela a través de su propia voz. En particular, llamo la atención sobre el discurso de colocación de grados de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de San Juan en el año 2004. En este marco institucional, se dirigió a las y los profesionales que recibían sus títulos con una serie de reflexiones acerca de la labor docente y el compromiso de la universidad pública.

Precisamente en el entramado entre enseñanza y democratización, la Estela insiste en la centralidad de la pregunta por el lenguaje. Convencida de que saber y poder leer, saber y poder escuchar, saber y poder hablar constituyen la llave para abrir todas las puertas, advierte que “[...] nosotros debemos apropiarnos del lenguaje para que otros con intereses



ajenos no hablen por nosotros y hablando de ellos nos hagan hacer lo que les conviene” (Saint André, E. 2011, 79).

Por otra parte, invita a pensar la práctica de la docencia como “una reunión con el otro para aprender” (Saint André, E. 2011, 80). Lejos de cualquier posicionamiento que distingue jerárquicamente entre quienes saben y quienes deben aprender, la docencia es encuentro y es aprendizaje mutuo: “[...] Porque perdió su tiempo estudiando humanidades quien cree que ya sabe, que su discurso es la última palabra, que hay alguien que pueda arrogarse la posesión de la verdad. Y ojalá no lo olviden porque allí está la clave de la felicidad de nuestra profesión, allí la fuente de la juventud, el alumno es quien importa, quien rige este portento de generosidad que es compartir conocimiento” (Saint André, E. 2011, 80). En este pasaje aparece, además, un elemento que define el modo de ver y ejercer la docencia para la Estela: la docencia es un espacio de felicidad. Enseñar es, desde esta perspectiva, construir una utopía, una apuesta al futuro: “[...] decir futuro es adherir a la esperanza y hacer oídos sordos a los que presagian las catástrofes del porvenir que se revertirán mientras perviva este milagro de aprender o de enseñar” (Saint André, E. 2011, 81).

Para finalizar, me permito la licencia de eludir el protocolo de la despedida y, simplemente, traer a colación un fragmento de *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier como homenaje a la vida y a las clases compartidas con la Estela:

Y comprendía ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas. [...] Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo. (Carpentier, A. 2003, 111)

## Referencias

Carpentier, Alejo. 2003. *El reino de este mundo*. México: Octaedro.

Galeano, Eduardo. 2013. *El libro de los abrazos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Saint André, Estela. 2011. “Discurso de la colación de grados 2004”. En *Conocimiento y violencia*, coordinado por Adela Rolón y Estela Saint André. San Juan: EFFHA.